



1.—Bubi, jefe de una familia.

2.—Mujer bubi arriando.

3.—Cocoroco ó rerexuelo bubi que manda en varias familias.

## ISLA DE FERNANDO POO. (1)

## CAPÍTULO II.

En el anterior, recordarán aquellos de nuestros lectores que le han leído, que dimos una idea general de esta desamparada isla española, haciendo mención de su topografía, temperamento, historia, y principales productos; así como del escaso y mezquino comercio que, á pesar de su ventajosa situación, mantiene con el exterior ó interior. También recordarán que combatimos con datos justificados, á nuestro parecer, la mala idea que de la isla se tiene, y que especialmente en España ha llegado á vulgarizarse, empezando por el gobierno que en todas épocas, y mucho mas en la nuestra, ha tenido consagrado al mas lamentable y criminal olvido aquel importante descubrimiento del audaz argonauta portugués cuyo nombre lleva. Cúmplenos hoy, como ofrecimos en el primero, hablar en este artículo del número de población que hay en Fernando Poo, y de las razas indígenas en que está dividida, con el fecho de otros detalles curiosos que puedan interesar de algun modo al que no tenga noticias de aquellas apartadas y desconocidas regiones, tan poco mencionadas de los viajeros é historiógrafos.

Sobre los especiales datos que obraban en nuestro poder, y la excelente Memoria del Pro. D. Gerónimo de Uexa y Alarcon, ya citado por nosotros, contamos hoy con las que sobre las Islas africanas de España, Fernando Poo y Annobon, escribieron los señores D. José de Moros y Morellan, y D. Juan Miguel de los Ríos, las cuales fueron premiadas por la Sociedad económica mairitense en el concurso que abrió esta corporacion en 1842.

No hay mucha conformidad en el número de habitantes existentes

(1) La lámina que acompaña al artículo 1.º publicado en el número 46 de este periódico, le cual representa la capital de Fernando Poo, Santa Isabel, tiene unos números; cuya esplicacion vamos á dar ahora. 1. Punta española.—2. Fuente que surte á la poblacion.—3. Muelle hecho de maderos.—4. Almacenes, cobertizos y depósito de carbon de piedra.—5. Isletos Adcladadas.—6. Monumento levantado á los oficiales de la armada inglesa que perecieron en la expedicion al Niper verificada en 1841.—7. Templo Baptista.—8. Una casa.—9. La de los misioneros ingleses.—10. La del gobernador, junto á la cual queda el pabellon de España.—11. La de la familia mas rica del país.—12. Otra de misioneros.—13. Arbol llamado de la Jura porque bajo de el se hizo la solemnidad de jurar á la independencia de aquella isla en 1815.—14. Templo que edificaron los jesuitas en 1572 (estas noticias las da Uexa en 1842).

hoy en Fernando Poo: aunque á riesgo de pecar en corta diferencia de mas ó de menos, puede establecerse que llegan á 15,000, escasa poblacion á la verdad para las dimensiones de la isla y los buenos productos de ella, pero grande si se atiende al abandono en que ha yacido siempre, y á la ninguna colonizacion que ha recibido. Estos habitantes se dividen en razas, y las razas en familias; unas son originarias ó propiamente llamadas indígenas, y otras estrangeras. De las primeras no hay en realidad mas que una, en quien residen todos los privilegios y distinciones, que es la que lleva el nombre de Bubi, de las segundas, las mas conocidas y numerosas son las de los Cromanos, Timaná, la Acra, la Cabo-costa y la Jamúica.

La Bubi está dividida en familias que capitanean ciertos pueblos ó caciques denominados Cocorocos, cuyo retrato verán nuestros lectores en la lámina que va al frente de este artículo. Los nombres de las mas principales familias bubis son los siguientes: *Patahuila, Lebalo, Basipá, Basibé y Banapa*. En el casi completo estado de barbarie en que estas pobres gentes se hallan, no obstante su índole naturalmente buena y hospitalaria, sus racionales instintos, y su gran cariño á los europeos, comparten sus quehaceres entre la pesca y la caza, lo que constituye tambien sus únicos medios de subsistencia. No son muy aficionados á las faenas del campo, á pesar de lo cual se dedican medianamente al cultivo del ñame, tabaco, y otras plantas indígenas. Imitan en lo general á sus vecinos del continente en el gusto por los vestidos y adornos; así es, que se pintan el rostro, se llenan de bermellon la cabeza, hasta hacerse una peluca roja que oculta de todo el punto el pelo, y usan pendientes en la nariz. Envidiosos de nuestras barbas y bigotes, que no les ha concedido la naturaleza, suelen llevar postizos de ambas cosas, con lo cual creen que se revisten de mucha gravedad, y que adquieren la dignidad europea.

El gobierno primitivo, ó sea el patriarcal, es el que se conoce entre estos buenos isleños. Ya hemos dicho que la raza bubi se divide en familias, y que al frente de cada una está el Cocoroco, que es el patriarca de ella, el cual acostumbra á aconsejarse en negocios graves con los ancianos y experimentados de la misma familia, á quienes reúne en forma de senado.

Digamos algo de las creencias religiosas y de sus ideas en materias de justicia: parecen que ya algun lector nos lo preguntó acosado de ese comun sentimiento de curiosidad que inspira siempre la personalidad de un pueblo desconocido. Los naturales de Fernando

Póo, tanto los hubie de que vamos hablando, como los de otras razas de que hablaremos después, adoran un Dios cuya unidad reconocen, y al cual por una singular coincidencia dan un nombre que suena como Jehováh. Mas buenos y nobles que sus hermanos de África, son también menos supersticiosos que ellos, y no se entregan á los actos de barbarie y ferocidad que hacen aborrecibles los fastos de la idolatría. Desgraciadamente, aunque esta española, Fernando Póo no profesaba ni entendía todavía nuestra santa religión: unos anabaptistas ingleses que han establecido en Santa Isabel una iglesia, son los que empiezan á atraerlos á la suya. Hé aquí otra de las razones que al gobierno debieran impeler á la ocupación y colonización de aquellas posesiones.

En cuanto á ideas de justicia, estos negros que carecen de todo conocimiento legal, é ignoran todo detalle de nuestra civilización, aborrecen profundamente el adulterio y le castigan cortando ambos brazos á la mujer delincuente. Por Europa estamos más civilizados, y sabemos ya el modo con que libertar al órgano público de tantas mancas. La poligamia se autoriza entre ellos con poca diferencia lo mismo que en otros puntos; el gusto suele ser general en África y en la que no es África.

Su decálogo se asemeja al nuestro: *no debes mentir*, ni h-úi pa-le ó sea hi-so-ai: *amad á Dios con todo vuestro corazón*: hu-dá e Jehováh e le ba ó husla: *yo no debo tomar lo que es de otros*, fue pa-le o al toli ul oio oku (1): *si yo pecca, no puedo ver á Dios*, na n-sei la he n-tshi a he lu o-ho-hóh Jehováh: *haced bien á todos los hombres*: set-ita e he lshu emá le-le.

Lo dicho convencerá á nuestros lectores de que esta gente lleva adelantado para la civilización todo lo que concede la naturaleza.

En cuanto á las otras razas, pocas palabras bastarán para darlas á conocer. Las de los erumanes, que es pequeña, procede de Seltra-Kron, país continental al occidente, y tienen la particularidad de que se arrojan en la frente en la niñez. Están esparcidas por toda el África, y se dedican á conducir grandes pesos; hacen allí el papel de *vehículos* que los gallegos por acá. Las limaná, agra y Cabo Costa son originarias de Sierra Leona, y han acudido en muy corto número á buscar fortuna á Fernando Póo; en usda se diferencian por consiguiente del resto de África. En cuanto á la Jamaica, se compone de un cortísimo número de familias emigradas de la Antilla del mismo nombre que poseen los ingleses. Ya hemos dicho que los *buho* son hospitalarios; con efecto, todas las razas citadas han encontrado protección y bienestar en Fernando Póo, aunque obedeciendo y respetando siempre á aquella como verdadera señora de la isla, y en quien residen todas las dignidades y privilegios.

Conduciéndonos nuestras observaciones acerca de Fernando Póo con algunas palabras sobre la colonización que necesita. Don Juan Miguel de los Ríos, en su *Memoria* ya indicada, ocupándose de este asunto, propone dos medios para utilizar la isla, y dice: «Lo primero que se necesita son capitales; este será el elemento principal, y nada más propio para conseguirlo que estimular el interés privado con las ofertas más productivas y seguras. Una asociación general establecida en España, aunque se admitiesen socios extranjeros, en la cual se repartiessen acciones hasta cubrir el capital que se creyese necesario, en la cual se había un cómputo de los productos comunes que podría rendir aquel territorio, en la cual se asegurase y garantizase su éxito, hasta el punto de garantizar á cada socio que si la sociedad no ganaba pagaría con el resgate de aquel terreno á las acciones en triple ó cuádruple valor; y en la cual, finalmente, se admitiese por socios á los que, á falta de los primeros, se ofreciesen á tomar tierras, beneficiarlas e ir pagando su propiedad; sería uno de los medios de utilizar aquellas islas.»

El otro recurso propuesto por el Sr. Ríos para colonizar á Fernando Póo, lo explica el mismo en estos términos: «Otra media más difícil, pero que conseguiría el objeto, sería ceder cada una de aquellas islas á algun gran propietario, que bajo cualquier título hereditario y ciertas preeminencias, las llevase en feudo por determinadas generaciones, previa la legal escepcion que esto requeriría de lo actualmente vigente en nuestro legislación, y si así lo pidiese el proponente, sujetándose empero á las autoridades y régimen del gobierno: ó sin estas prerogativas una cesión simple bajo cierto canon ó renta, y pudiendo disponer el propietario de aquellos terrenos. El gobierno siempre sostendría sus tropas y autoridades y la vigilancia y demas que en todas las posesiones del estado.»

Estos dos medios que el Sr. D. Juan Miguel de los Ríos propone en su *Memoria*, y que son referentes tanto á Fernando Póo como á Annobón, revelan que ha estudiado detenidamente el asunto, y que abraja los deseos de un buen español. Nosotros, sin embargo, no los

creemos igualmente eficaces ni convenientes; estamos conformes con el primero, es decir, con el de una *sociedad*; pero reprobamos el segundo como insuficiente, irrealizable, y sobre todo contrario á nuestra legislación actual, según el mismo autor indica con toda franqueza. Adoptaríamos, pues, el primero; mas ¿es fácil en un país donde el espíritu de especulación recorre una órbita pequesimísima, en una nación en que abundado inmensos capitales suelen juntarse estos para acometer empresas mesquinas, mientras que se desatenden otras importantes? ¿es ni siquiera probable que una sociedad arriesgue, ni imagine siquiera arriesgar, los peligros que consiguientemente habia de traer el proyecto de colonización en nuestras posesiones africanas? El interés privado, y en esto estamos perfectamente de acuerdo, es un elemento más poderoso que otro ninguno en empresas de gran tamaño; pero es una vez puesto en movimiento, lo difícil es imprimirle el impulso, y en España punto menos que imposible.

Quien está en la obligación de colonizar la isla de que nos ocupamos, quien no debe reparar en peligros, menores siempre que las ventajas que se habian de reportar, es el gobierno, que dispone de todos los medios, y que hasta por egoísmo debe aspirar á esta gloria. Que disponga una expedición ordenada, rica en recursos, y á cuyo frente vaya un *gale j6ven*, entendido y ansioso de conquistar los inmarcesibles lauros que en todos los países están reservados á los hombres que contribuyen al mejoramiento de la raza humana y á la civilización. Casi no existe en España una reputación moderna tan justa ni envidiada como la que alcanzó Ovívide, y siempre podría vanagloriarse con mas fundamento el gale que colonizase á Fernando Póo á introducirse allí nuestras costumbres y creencias, que el que en una provincia de España, sin peligros ni azares, consiguiera sacar por diputado, contra el deseo general, á un Pedro Fernandez que nadie conoce.

EMILIO BRAVO.

## LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO VIII.

La bondad del rey D. Juan III.

El gabinete particular del rey tenia vistas á la playa. D. Juan gustaba mucho de ver entrar y salir los buques, y escuchaba con frecuencia: «¿Qué lastima que yo sea rey? hubiese sido un gran marino! Pero S. M. se captañaba. Era más fácil ser rey como S. M. lo era, que ser gran marino como lo fué *Gama*. Para ser rey no habia necesitado don Juan III sino nacer. Para ser gran marino necesitó *Gama* estudiar. No obstante, los cortesanos le aseguraban que S. M. hubiese sido tan gran marino como gran rey, y esto sutileza lo conculaba todo.»

Estaba D. Juan contemplando los buques desaholados que se acercaban á distinguir en bahía, y tan absorto se hallaba, que no oyó al gentil-hombre anunciando á Luisa Sigea.

Entró la maestra de latín, y el rey continuó de espaldas algunos instantes. Pero cuando volvió la cabeza se sorprendió mucho de su propia distracción y dijo riendo:

—No te he sentido entrar. Estaba mirando los desrozos que la borrasca hizo anoche. Yo hubiera sido un regular marino. ¿Qué te parece?

—Que es mejor que V. M. sea rey.

—No te agradezco esa respuesta. Siendo marino pudiera hacer muchas cosas notables como Balboa, como Vasco, como Colón; pero siendo rey... á no ser que hiciera lo que ciertos V. meirme en tierras agenas y dar batallas sin necesidad... ¿Qué dices á esto?

—Señor, que la Alemania es tierra propia.

—Sí, sí, para vuestro emperador todas son tierras propias; también lo es Francia, también lo es Italia y toda la América.

—El emperador ha respetado á Francia y á Italia. En cuanto á...

—Quítádole la Espada á Francisco I y desobedeciendo al pontificado... pero dejemos estas cosas. Queremos mucho á nuestro tío á pesar de su inquietud, y si no le invitamos es porque nos gusta la paz. La reina ha pedido para ti esta audiencia y presuimos que tendrás algun motivo interesante.

—Sí, señor, venia á pedir á V. M. una gracia.

—Halla.

—V. M. ha firmado anoche una orden de prision.

—Hemos firmado una cruzada.

—Pero una contra Luis de Camoens.

—Luis de Camoens... Luis de Camoens... Me parece que sí, ¿No es ese muchacho que hace versos?

—Sí, señor, que hace versos.

(1) Y á propósito de este segundo precepto, que es no olvidar alguna vez los que escriben, debemos señalar aquí, que estas nociones filológicas están sacadas del apéndice que se encuentra en el tomo citado por nosotros D. Gerónimo Viera.

—Pues sí: la hemos firmado. Es un penitenciario. Anoche le dió de estocadas á otro.

—¿Han informado á V. M. del motivo?

—No, no hemos preguntado.

—Señor, Luis de Camoens vió saltar la verja del jardín de palacio á un embozada. Quiso conocerlo por respeto á SS. MM.; el desconocido se negó á revelar sus designios. Camoens le obligó á que se defendiese, riñeron, y Camoens le hirió. La hora, el misterio y la obstinación del desconocido prueban que sus designios eran malos, y Camoens al exponer su vida ha hecho al trono un servicio que no merece ser castigado con la prisión.

—Es verdad. No nos habían dicho nada de eso.

—V. M. puede informarse, y ver que es cierto lo que le digo.

—No, te creemos.

—Considere V. M. que castigando á los que defienden los jardines, se asegura la impunidad á los osados, y que si una vez consigue un malhechor burlar la vigilancia de los guardas, ningún caballero se atreverá en adelante...

—Eso es indudable y no quaremos semejante cosa. Esa verja se salta fácilmente y la habitación de la reina cae para el jardín... Ahora mismo vamos á dar una orden para que sean condenados á pena de muerte los que se atrevan á saltar la verja.

Inocentemente acababa de escribir Luisa Sigea la fibra más delicada de D. Juan: los celos. Desde aquellas calumnias que se levantaron contra la reina, y que á pesar de haberse desvanecido dejaron una impresión dolorosa en el corazón del rey, el menor incidente le sobresaltaba. Figuróse en estos instantes que acaso el herido era un galán rondador como el príncipe de quien tuvo tan graves sospechas, y se ofuscó su mente con mil pensamientos sombríos.

—Señor, dijo Luisa, yo no he venido á excitar en el alma de V. M. el enojo, si no á mover su piedad, y dando una orden tan rigurosa se agravaría la pena del delincuente sin redimir la del desgraciado. Dignese V. M. absolver á Luis de Camoens permitiéndole que marche en la flota donde está ya agregada para la expedición á la India.

—El caso es, dijo el rey reflexionando, que le han tomado manía á ese muchacho. Dicen todos que es un tontuelo presumido. A mí, la verdad, sus versos no me parecen gran cosa... ¿Qué opinas tú que eres buena poetisa?... ¡eh!

—Señor, dentro de tres siglos, cuando mi nombre y el de todos los poetas que escriban élogos en Portugal yazgan sepultados bajo el polvo de nuestros sepulcros, se copiarán unos versos en todos los idiomas para admiración de todas las naciones, y esos versos serán los de Luis de Camoens.

El rey miró atónito á la Sigea y luego dijo haciendo una mueca que indicaba haber ya comprendido la razón de aquellos elogios inauditos.

—Vamos: está bien. Esa fraternidad no es mala. Haremos poner en libertad á ese muchacho, sea lo que quiera y que se vaya á la India y vuelva rico. Si se portara bien, empeñamos nuestra palabra real de premiarle. Pero créeme, hija mía, aconséjale que se dedique á las armas y abandone las letras. A tí te puede parecer bien lo que escribo: no lo extraño; pero Miranda, que es imparcial, piensa de diferente modo.

La Sigea se sonrió, y no queriendo contradecir al rey, bajó la cabeza afectando hallarse confusa.

D. Juan escribió luego dos líneas en un pliego y lo entregó á la Sigea.

—Señor, respondió arrodillándose ¡gracias: mil gracias!

—Basta, basta, hija mía, replicó D. Juan enternecido. ¡Dios te haga dichosa!

Los azulados ojos del monarca se humedecieron brillando con una luz paterna. La feliz Lusitania no ha conocido jamás á los reyes tiranos. Los que no ámbros ni conquistadores, han sido, cuando menos, reyes benéficos. El hijo de D. Manuel el Grande, abuelo del valiente don Sebastián, no fué ni grande ni valiente, pero fué bueno.

Apenas había salido la Sigea de la habitación del rey, cuando entró su favorito el conde de Castanheira. D. Juan le temía como temen todos los hombres pacíficos, aunque sean reyes, á los de carácter iracundo, aunque sean vasallos, y lo mismo fué verlo entrar que fingió hallarse muy disgustado.

—Buenos días, conde, le dijo sin levantar la cabeza y haciendo pedacitos al papel.

—Téngalos muy felices V. M.

—Acaba de pasar una escena que me tiene todavía conmovido.

—V. M. es demasiado sensible.

—No lo creas, á tí también te hubiera conmovido.

—Si place á V. M. que me conmueva me pondré perlítico sin que me lo cuente, pero aseguro á V. M. que incluso la muerte de la condesa nada me puede conmovir.

—No sé de qué tienes el corazón.

—De carne, señor, y no de manteca.

—Se me antoja que es de hueso.

—Mejor; será más fuerte y no estará espuesto á derretirse.

—Vamos á otra cosa. ¿Por qué le tienes tú manía á ese pobre Luis de Camoens?

—Yo, señor, no le tengo manía.

—Casi que lo querías mal y me alegro haberme engañado.

—Se alegra V. M. ¡

—Sí, porque... ya te contaré... Pero siéntate, siéntate.

Sentóse el conde, y el rey le alargó una caja de Indias llena de tabaco. Merced que el rey no concedía si no á Castanheira.

—Iba diciendo, prosiguió, que á pesar de la orden que firmé, quiero que ese pobrecillo se vaya á la India y se le perdone la riña de anoche.

—V. M. quiere cosas bien imposibles...

—¿Cómo! ¿qué! exclamó el rey con alivio.

—Cosas bien imposibles, porque V. M. quiere ser justo y quiere perdonar á Camoens.

—Es que tú no sabes lo que pasó. Camoens hirió al otro por defender el jardín, y por Dios santo que también pienso tomar una providencia con esto de los jardines. ¡Pena de muerte al que salte la verja!

—Pues pena de muerte contra Luis de Camoens que la saltó.

—¿Y quién dice que Camoens la saltó?

—Yo que lo eché del jardín.

—Ah, ya! por eso su enamorada se oponía á que la ley fuera tan dura contra los que entran en el jardín...

—¿Su enamorada?

—Es claro. Ha venido aquí muy afligida á pedirme su perdón...

—Señor, pensad en lo que decís. ¿Ella ha venido á solicitar el perdón de Camoens?...

—¿Qué tiene eso de malo, conde?

—Señor, le costaría la vida!

—Calla! ¡calla! ¿pues qué tienes que ver con ella?

—Soy su tío, y su tutor.

—¡Su tío! ¡su tutor!... Nada me había dicho la reina de este parentesco, ni de esta tutoría.

—¿Es posible que siendo dama de palacio no lo supiera V. M.!

—Sí, yo sabía que tenía una sobrina dama de palacio; pero no creía conocerla. Ni me figuraba que tuviera un nombre tan famoso.

—Señor, en mi familia no hay sino apellidos famosos. Por eso tanto por la honra de ella y la hará pagar su indiscreción...

—De ninguna manera. Te prohíbo castigar á esa pobre joven.

—Pero me permitirá V. M. que le pregunte si la ha concedido la libertad de Camoens?

—Porsupuesto.

—¡Cielo santo!...

—Y por poco me hace llorar el exceso de su agradecimiento, añadió el rey viéndolo á enternecerse.

—Castanheira guardó silencio unos instantes como ahogado por el furor, y luego dijo con tono brusco y sombrío:

—V. M. acepte la dimisión de mi empleo, de mis títulos y de mis honores, porque me alejo de la corte para siempre.

—¡Jesús, exclamó el rey pálido y tembloroso. ¡Conde, qué es eso! ¡cállate loco! ¿No podemos hacer una gracia con buena intención, y luego conocer que es un perjuicio de otro y anularla?...

—V. M. es muy dueño.

—Pues ya lo creo que puede suceder, como ha sucedido. Pero todas las cosas tienen remedio.

—Autoricéme V. M. para que ahora mismo pueda llevar á mi sobrina al real monasterio de Odivellas y la orden no se cumplirá.

—¡Conde! ¡me parece eso un poco duro!... ¡pobre muchacha!

—V. M. puede elegir entre ambos.

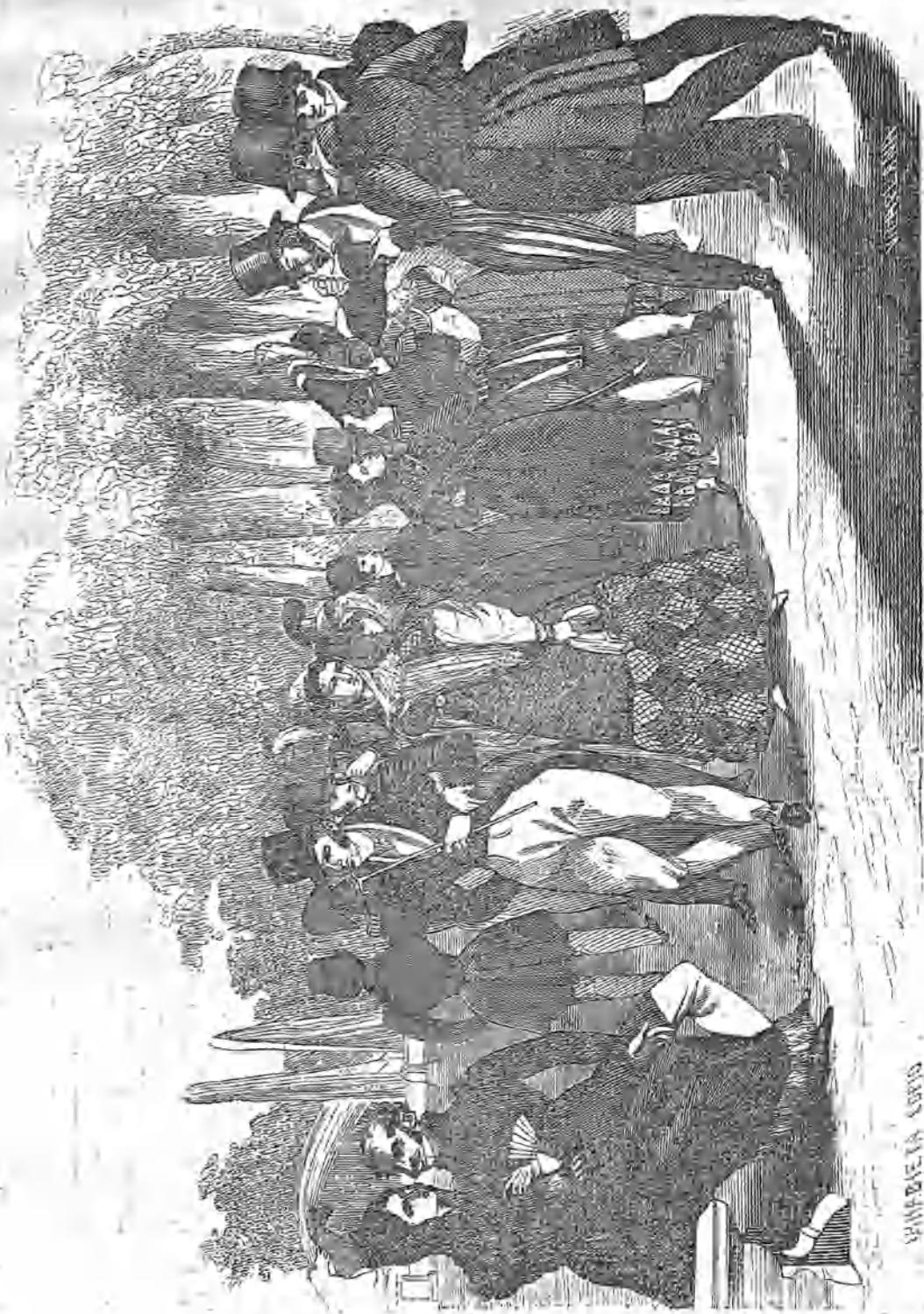
—Tienes un genio endemoniado, exclamó el rey con enojo, y viva el cielo que eso no lo hemos de sufrir. Vamos á ceder ahora porque estamos pensando que es mejor sacar á tu sobrina de tus garras, pero está cierto de que otra vez sabremos hacer nuestra voluntad.

Mientras decía esto el rey, con la arrogancia de un niño que ha sido vencido por un hombre y aun pretende disculpar su debilidad, el conde había tomado la pluma y escribía la autorización que había de firmar el rey.

Una vez firmada, salió del gabinete, se dirigió á la habitación de su sobrina y sin darla explicaciones, la hizo conducir al monasterio de Odivellas.

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.



### EL PRADO Y LA SOCIEDAD MADRILEÑA EN 1825.

Entonces era yo *palla*; pero *palla* á la manera de entonces, como lo era también la sociedad española.—No había esta *galleada* aun tan alto como lo ha hecho después, merced al desarrollo de las ideas agitadas y sulfúricas de este siglo del vapor que atravesamos.—Los niños se contentaban con ser niños, comer golosinas, comprar aleuyas, hacer juguetitas al *dómino*, y aprender bien ó mal á Nebrija al compás de la *palmetz* y de la *cola*.—Los mozos *imberbes* eran *escomparados* y *bailarines*, esperaban á las modistas á la salida del taller para acompañarlas y comprarlas flores, y por la noche asistían á las academias de baile de *Baltaz* ó de *Beaiguillo* para ponerse al corriente de la nueva cortesía de la *Gabola*, ó del último *solo* del *rigodon*.—El sastre *Ortiz*, el zapatero *Gulan*, el peluquero *Falcon*, y el

sombrerero *Lera*, cuidaban de apropiarse á sus juveniles personas los preceptos inapelables de los figurines parisienses, los *carriños* de rínco cuéllos, las *teritas* polonesas de cordoadura y pieles, los pantalones plegados, los *frunks* de falda larga y mangas de jamen, los sombreros cónicos, las corbatas metálicas y *cumplidas*, y los cuellos de la camisa en punta agudísima, las botas á la *bombé* ó á la *farolé*, y el caballo levantado y recortado á la *inglesa*.—Dichosos tiempos en que no se habían inventado aun las barbas prolongadas, ni el bigote retorcido ó se habían dejado como patrimonio á los militares y capuchinos!—El *pabao* nivelador y socialista y la negra corbata no habían aun confundido como después todas las clases, todas las edades, todas las condiciones: el *espote* de mangas y el *rus*, eran patrimonio de los hombres entrados en años; la *capa* con *embozos* escarlata y cordoadura de oro, á la *Almanica*, envolvía átosamente la persona de los jóvenes elegantes; la *cumplida* casaca, el *chaleco*, *calzon* y *media* negra, corbata, *pechera* y *guante* blanco, representaban la edad *provetz*. La

alta posición, el severo carácter del funcionario ó padre de familia; el pantalón ajustado de punto blanco y la hola de campana, los colores vivos y pronunciados del frac, tales como azul de Prusia, verde pistacho, gris claro; los chalecos pintorescos con botonadura de filigrana, los dijes y barritas en cadenas y sellos, y finalmente el hiperbólico y complicado nudo de la corbata, eran los distintivos de la modestia y alegre politería de tres á cuatro lustros.

El vestido y adorno de las damas, era también estropeado, aunque si ha de decirse la verdad, carecía del gusto y variedad que ha adquirido después. El fallico por lo general, deslucía los cuerpos; y quitaba gracia y flexibilidad al movimiento; los *dalletoles* ó *estoyones* de seda entreteladas, y guarnecidas de pieles ó cordoaduras, tenían sin embargo cierto aspecto magestuoso y solenne; los *spencers* junquillos ó rosas, lucían bien sobre un vestido de punto de seda ceñido al cuerpo; el peinado alto, los bucles bucosos y la peineta de concha ó de periferias; daban á la cabeza cierto carácter monumental; y sobre todo el traje de *maja andaluza* que consistía en busquilla y cuerpo de alfilerón morado, y guarnecido por bajo, y en las bocanangas y en los hombros con sendos golpes de cordoadura y abalorios, la mantilla blanca y cruzada al pecho, y zapato y toquilla de color de rosa, era realmente un traje esquivo y fascinador, propio exclusivamente de la gracia y honrra del tipo español.—No estaba este aun desnaturalizado en nuestro Prado de entonces por el horrible mantón cachemir, ni por las capas, albornoces, manteletas, gabanes y *casacaes*; por las botas atacadas ni por las capotas y sombreros que después han venido á borrar completamente en nuestras damas la fisonomía propia del país; y si bien por la ausencia de todas estas adiciones, ahriego á hiperbóles, solían adolecer según tanto las reuniones de cierta monotonía y seriedad, por lo menos pesabase en ellas á punto fijo el quieto y valor de cada persona, mediante á una simple ojeada sus ventajas ó desventajas naturales, su proporción y dimensiones; no había que hacer para ello abstracción alguna de mirriñaques y almidones, armaduras y postizos, prendidos y gasas; ni que añadir las formas verdaderas á vueltas de quince varas de tela, y del complicado follaje de volantes, cintas y guarniciones. Tampoco era necesario buscar las flociones picantes de nuestras madreñas á la sombra de una histriada *cupata* de gata ó de un *proscenio* sombrero de terciopelo.—Aquella espontánea originalidad de nuestro Prado sobre los pasos extranjeros, tenía, pues, su alhago particular; y marcaba de acuerdo con la sociedad también original de aquellas escuelas.

Esa sociedad, así servida á la usanza de entonces, es la que representa el grabado que acompaña á este artículo, y está fielmente trasladado de un dibujo contemporáneo. La verdad del conjunto, y la minutuosidad de los detalles, declaran la conciencia del autor, cualquiera que fuese, de este dibujo; pues no solo se limitó á pintar la vista del salón del Prado, y los trajes de los pasantes, si no que (si no nos engaña la tradición ó la memoria) quiso representar y representó en efecto entre los concurrentes á varias de las notabilidades de ambos sexos que por entonces brillaban en salones y pasos; y mas de un curioso, al extender su vista por esos animados grupos, creará reconocer entre ellos las flociones y épulas de un cumplido caballero y célebre marqués, á quien Madrid debió mas adelante sitios y distinguidos servicios; las de un grande de España, justamente famoso, que ha representado los primeros papeles en la política, en la diplomacia y en las letras; las de un periodista afamado y amable literato que por entonces formaba las delicias de nuestro teatro y de nuestra sociedad; las de una graciosa y elegante jóven por quien suspiraban á la sazón las tres cuartas partes de los *pollas* de Madrid; las de un tenor italiano que enloquecía con su figura, en canto y modales, á todas las muchachas disponibles y á muchas que no lo eran; y las de otras notabilidades, en fin, que por entonces encorbaba en sus muros la heróica ospital.—A decir verdad el pincel del autor anduvo un tanto escaso en la exposición de figuras femeninas, ó se consideró poco á propósito para trasladar á su pincel las bellísimas flociones de algunos ástros de aquel brillante cielo. Si esto no fuera, ¿cómo hubiera prescindido de ofrecer en primer término el magestuoso continente y bella fisonomía de la que entonces era conocida por la *reina de las hermosas*, y aun hoy mismo descuella entre las mayores por su gracia y gentileza? ¿Cómo olvidar á aquellas dos hijas de un elevado diplomático, que en los suntuosos salones de París dejaron tan altamente colocada la fama de la belleza española? ¿No aquellas otras tres hermanas también hijas de un grande de España, que eran el retrato viviente de las Gracias de la mitología, y en cuyo *album* escribía el corrección poeta D. Ventura de la Vega (entonces *pollo* también) esta ingenua décima en alusión al juicio de París:

«Las tres diosas según creó  
que la poma contendían,  
tan hermosas no serían  
como las tres que aquí veo.»

con su difícil empleo  
pudo al fin París cumplir;  
mas si hubiera de elegir  
entre tan lindas hermanas,  
¿no leter tres manzanas  
no pudiera decidir.»

La mejor hora, la hora propia y mas brillante del paseo del Prado, era entonces de una á tres en el invierno, en aquel momento en que dañado completamente por el vivo sol de Madrid dejaba ostentar á los concurrentes las gracias de la persona ó los primeros de su stavio. Cambiase entonces indistintamente á las tres, y por lo tanto no podía prolongarse el paseo matutino más de aquel var de horas, pero en ellas al espectáculo que ofrecía el hermoso salón era magnífico y fascinador. Las pintas y bordados, los terciopelos y encages, los diamantes y pedrerías, que ahora parecerían exageraciones de mal tono, y fuera de su lugar en un paseo público, eran entonces requisitos indispensables, obligados adornos de la escogida y brillante sociedad que frecuentaba el Prado á tales horas; y mezclados con los lucidos uniformes de los guardias de Corps y de infantaría, que por entonces no se reservaban esclusivamente para los actos del servicio, antes bien gustaban de ostentar sus colores, galones, y bordados entre los grupos de las bellas adonadas: hasta los reposados y vetustos *equipajes* en que á impulsos de dos modestas mulas dejaban conducir por el paseo de la izquierda sus encumbradas personas los altos funcionarios y sabidurados magistas; y los mismos silenciosos grupos de ancianos respetables, consejeros, y religiosos que en pasado movimiento se veían desfilan por el lado de S. Fermín, todo ello, en fin, constituía un espectáculo tan original y característico de la época, que de ninguna manera podría adivinarse por el que presenta hoy este mismo Prado y esta misma sociedad.

Aquella, como dignos verba, era á la sazón *pollo* también.—Todavía no habia sido agitada por las revoluciones políticas sino muy superficial y pasajeraente; todavía no había sentido apenas el movimiento de la vida pública, las usuales aspiraciones al poder, el frenesí del mando, y el menosprecio de la autoridad; las enojadas discusiones, las asociaciones turbulentas, los pronunciamientos y complots le estaban prohibidos; carecía de prensa periódica, de tribuna y de plaza pública. Tampoco había visto introducido aquel llamado *romanticismo* en la literatura, el vapor y el gas en las ciencias y en las artes, y el sabor extranjero en las leyes, en los usos, y en el idioma vulgar.

Los jóvenes *lechuquines*, elegantes ó *lónicos*, como entonces eran apellidados, y que representaban la parte mas tierra de aquella sociedad, no habían podido figurar en los anteriores acontecimientos del país que fueron el germe de su nueva organización; no habían viajado ni aprendido en el extranjero principios ni modales; no tenían simbioses políticas, ni tampoco pufos literarios; habían frecuentado *de profoma* las aulas de los PP. Escolapios, de S. Isidro ó de Santo Tomás, el Seminario de nobles, ó el Colegio de cadetes, para seguir por sus pasos contados una carrera que les permitiese en adelante abrir un bufete, entrar en una oficina, ó ceñirse espada y marchar á servir al rey. A ninguno le pesaba por los mientes el mas mínimo asomo de impudencia *salazosa*; ni era tampoco posible improvisarse en el mundo á los veinte ó pocos mas años bajo el aspecto de hombre de importancia, de político consumado, de periodista audaz, de fogoso tribuna, de distinguido literato; ni tomar por asaltos las grandes posiciones de la diplomacia, de la magistratura y de la administración.—Contentos y satisfechos con su afortunada edad juvenil, dejaban involuntaria y graciosamente aquellas ambiciones, aquellos puestos, aquellos cuidados á sus padres y abuelos; y entre tanto, á vueltas de los indispensables y respectivos estudios de la lógica ó de las matemáticas, de la ordenanza ó la partida doble, entregaban las horas de vagar á los devaneos de la edad, al cultivo de las modas, al alegre estudio de la música y del baile, al primer del Prado, y al alhago de los amores de balcón ó de las tertulias de infancia.

Estas (no decoradas aun con el exótico nombre de *noirés*) no ofrecían, es verdad, el maguillo y deslumbrador aparato que posteriormente han presentado á nuestros sentidos en elegantes salones suntuosamente decorados y alumbrados; ni brindaban como estos á la brillante y numerosa concurrencia los vivos gozos de un bullicioso baile, de un brillante concierto, de un animado festín.—Limitábase, pues, por lo general, á la reunión de media docena de familias conocidas, cuyos individuos, de diversos sexos, edades y condiciones, se agrupaban y extendían en salrosas pláticas, en tierda coloquios; ya en derredor del antiguo y próximo brasero en el invierno, ya delante de los balcones y miradores en verano; ó bien en torno de una ancha y prolongada mesa improvisada una modesta partita de lotería; ó en movibles y animados grupos armaban alegre zambra en sencillos juegos de prendas, que si ahora parecen pueriles ó *incompetentes* á

nuestros entumbrados manebos, envolvían para los de entonces mas interés, y ocasionaban mas perfecciones que todos los dramas del día.— O bien, en ciertos dias solemnes en que se celebraba el santo de la señorita ó la sanidad del primer diente del mayorazgo, se reforzaba el instrumental del piano de cinco octavas, con un mal violinejo de seis pesetas por noche, con que podían hacer sus habilidades ó ingeniosas combinaciones los cabeceras de contradanza, los rípodonistas y galoteros, los fundadores de la *Grecia* ó la *Bolqogers*; ó bien se convidaba al Sr. *Papia* ó á otros diestros tahedores de viñuela y entonadores primorosos de lindísimas canciones nacionales, para que se sirviesen á amenizar la reunion; y la ama de la casa, venciendo tambien su natural timidez, solía alternar al piano con las pituicas canciones de la *Atala* ó de la *Valliera*, electrizando luego á la concurrencia con bien diverso tono en la expresión del *Carambal* ó en la de *Madre, unos ojitos* etc...

Tales eran las diversiones privadas. La sociedad íntima de aquella época. Las públicas se reducían á un mal teatro de verso, y otro recientemente dedicado á la ópera italiana.— En el primero, con la muerte de Maiquez, habia desaparecido la tragedia clásica; con la ausencia ó desaparición de los buenos escritores, estaba á punto de desaparecer la comedia tambien.— *Borras* estaba emigrado, y su *Indulgencia para todos* y su *D. Diego* (que le habian colocado en tan buena fama como continuador de Moratin) estaban ya vistos y oídos á mas no poder.— *Breton*, que empezaba entonces en magnífico carrera, aun no habia dado á Madrid su *rustico*, y sólo dejaba adivinar sus posteriores triunfos con su primera comedia de *A la vejez viruelas*.— *Al Zarate* empezaba tambien á llamar la atención con *Un año despues de la boda*; y *Cornejo* se habia encargado de suplir la falta de originales, traduciendo y ampliando con discrecion los dramas extranjeros de *Picard* y *Duval*, y las *perceitas* de *Scribe*.— Todas estas producciones indígenas y extranjeras, mezcladas con las de los *Comellas* y *Zahslas*, *Valladares* y *Arellanos* del siglo pasado, eran bastante mal representadas por los actores de la época, entre los que figuraban los *Avacillas*, *Silvestris*, *Infantes* y *Pozos*, habiendo sin embargo algunos en qué lucían respectivamente en tal ó cual papel. El gracioso y verdadero actor, *Gozman*, era (como lo fué despues muchos años) la tabla de salvamento de las compañías y el encanto del público; y las damas *Agustina Torres*, *Manuela Carmona*, *Rafaela González* y *Rafaela Leon* tambien tenían sus respectivos episodios.— Pero la palma de la victoria en el concepto público la llevaba por entonces la comedia antigua, y con especialidad el repertorio del ingenioso y maligno *Tirso de Molina*, que habia, puede decirse, exhumado del olvido en que yacía el discreto y erudito poeta *O. Dionisio Solís*; aquellas comedias, además de su mérito intrínseco y las gracias ingolables de que están sembradas, tuvieron la fortuna de dar en aslores que supieron representarlas admirablemente, y la de caer tambien en gracia al rey Fernando VII, que las escogía con preferencia cuando habia de asistir al teatro.— *Don Gil de las calzas verdes*, *Marta la Piadosa*, *La villana de Valdecar*, *Por el vilano* y *el torro*, *Mari-Hernandez la gallega*, *El castigo del pensó que*, *El vergonzoso en palacio*, y otros bellos dramas de aquel ingenio peregrino, fueron por entonces tan admirablemente presentados en la escena por la *Altava Baur*, la *Josefa Virg*, *Juan Carretero* y *Pédro Cubas*, que no es nada extraño que conquistasen rápidamente el favor del público.— Este triunfo, sin embargo, no fué duradero, pues tuvo que ceder ante el entusiasmo producido al mismo tiempo por la organización de la ópera italiana con un esplendor á que no estaba acostumbrada la sociedad de Madrid. Compuesta la nueva compañía del tenor *Montessor*, el bajo *Maggiorelli*, el bajo *Facconi*, la *Cortesi*, tiple, y la *Fabrizia*, contralto, con el celebre compositor *Mercadante* de maestro al templo, inauguraron sus trabajos en aquel año (1825) con la graciosa ópera del mismo titulada *Elnay Claudio*, que produjo en los madrileños un verdadero frenesí; la *Zelmira*, el *Coradino*, la *Cenerentola* y la *Gazza ladra* de Rossini, y otras muchas óperas de esta importancia, fueron sucesivamente abriendo aquel entusiasmo; y el aparato escénico, y la brillantez del espectáculo, la novedad y la moda, hasta las anécdotas y dotes personales de los cantantes, acabaron de subyugar el gusto público hasta hacerle olvidar sus antiguas inclinaciones y caprichos; se vestía á la *Montessor*, se peinaba á la *Cortesi*, se cantaba á la *Facconi*, y las mujeres varoniles á la *Fabrizia*, causaban efecto en el Prado y en la sociedad. ¡Muchos aquella en que á falta de razones mas hondas de disension y de rivalidades, se dividían los ánimos entre las modulaciones de un tenor y las arrogancias de un contralto!

En política se ocupaban las gentes en obedecer y callar. Demasiado abusaba desgraciadamente el gobierno de su fuerte posicion, y demasiadas lágrimas hacia derramar en una parte de la población compungida en los acontecimientos anteriores; pero no es nuestro objeto el trazar estos sangrientos episodios, y solo si presentar el cuadro general de aquella sociedad. Dejemos, pues, á la mínima parte de ella que por inclinación ó por desgracia se ocupaba de la política, conspirar secretamente y con gran peligro en los subterráneos y calabozos,

correspondiese en misteriosos sigilo con los emigrados en el extranjero, aguzar los puñales de su venganza, y recordar con honor las violentas escenas de su derribo.— Esta parte excepcional de la sociedad no entra afortunadamente en los risueños términos de nuestro cuadro, ó queda en la sombra para servir de contraste al asunto principal.

La juventud de la época, que es lo que pretendemos hoy trazar en él, no conservaba de la política bulliciosa mas que un recuerdo vago y repugnante de las asonadas y guerras civiles, de los *trágalas* y patrióticos clubs.— *Lozencini* y la *Fontana de Oro*, teatros que fueron de aquellas desentonadas escenas, eran caloneos dos concurrendos y prosaicos cafés, refugio el primero de oficiales indolentes y de ociosos indolentes que se entretenían en comentar la *Gaceta* (publicada solo tres veces en semana), y en hacer sinceros votos por *Spilanti* ó *Monvaco*, por *Colocotroni* ó por *Cannaris*, los héroes del alzamiento de la Grecia moderna; y el segundo (la *Fontana*) punto de reunion de los hombres graves, ex-políticos, afrancesados y liberales, era un establecimiento... donde se servia buen café.— Ya el reducido contingente del Príncipe comenzaba por aquel tiempo á tomar proporciones de *Parnassillo*, con que ha sido conocido despues; pero á decir la verdad entonces no podía existir tal paraiso ni chico ni grande, por la sencilla razón de que no existían aun los poetas de la nueva cosecha que despues le poblaron, y de los antiguos solo el antiguo *Arriza* era el frecuente comensal. Por lo demas, las opiniones literarias de la época eran no leer; los escritores, en tal orden de ideas, venían á ser muchos escusados, y el juez de imprentas no tenía mas ocupacion que la que le daba dos veces en semana el insipido *Correo mercantil*.

La ocupacion mas importante de aquella época y que envolvía cierto carácter á la vez religioso, político y popular, era el jubileo del año Santo, para celebrar el cual se improvisaban diariamente magníficas procesiones en que figuraban la corte y los tribunales y oficinas, las comunidades, cofradías y establecimientos públicos, desplegando á porfía su celo religioso, y su pompa mundana para ganar, al paso que los indulgencias de la iglesia, los favores y proteccion del gobierno del Estado. Tambien la juventud de la época, que todo lo convertía en sustancia, que de todo hacía charota, así de las asonadas del año, como de las regalías de guerra, asistía con entusiasmo á las iglesias y á las procesiones, siquiera no fuera mas que para recrear la vista con la prodigiosa variedad de uniformes hábitos y medallas de las corporaciones, comunidades y cofradías, y para entablar á vueltas de ellas sus amores y galanteos con las devotas muchachas que poblaban calles y balcones; para echarla, en fin, de *espita fuerte* y armar alguna vez á reír indecorosamente en el templo del Señor (por desgracia no sin motivo), oyendo las excentricidades del padre *Ayuso*, ó las piadosas blasfemias y ridiculos apóstrofes de *Fr. Gabriel de Madrid*.

Aquella juventud, alegre, descuidada, frívola y danzadora, con el transcurso de los años, la experiencia de la vida y las revueltas de los tiempos, se ha convertido hoy en representante de las nuevas ideas de una nueva sociedad. Una parte de ella, atraída por los sueños de la época, por las opiniones políticas, ó por su pundonor y caballerosidad, desapareció luchando en los campos de batalla, en la tribuna y en la prensa: *Diego Leon*, *Campo-Alange*, los *Odónells*, *Larraz*, *Espronceda*, *Abenamar*; otra parte, viva aun, continúa, no sin gloria y preñado nombre, aquella lucha animada, aquellas lides del talento y del valor. Algunos de aquellos manebos ó pollos que arriba dejamos borrascados, conduxen hoy nuestros ejércitos á la victoria, y se llaman *Córdoba* y *Concha*, *Pezuela*, *Roncald* ó *Urbistondo*; otros brillan en la tribuna ó se sientan en los consejos de la corona, y se nombran *Olazago*, *Escosca*, *Roca de Togores*, *Caballero* y *Donoso Cortés*; y otros, en fin, coliven modestamente las letras y firman sus escritos con los nombres de *Breton* de los *Berreros*, *Hartzenbusch*, *El Estebanico*, *Ochoa*, *Ventura de la Vega*, *el Solitario*, y

## EL CURIOSO PARLANTE.



## LA FOCA O VACA MARINA.

Las focas, ó comunmente las vacas marinas, son unos animales cuya vida es casi enteramente acuática, aunque por su conformación interior y exterior pertenecen á la clase de los mamíferos; donde debían colocarse al lado de los gatos y demás animales carnívoros. Su alimento esencial, que es el pescado, está en armonía con su habitual morada en el mar.

Las focas (pues con este nombre las significa la historia natural) habitan en todos los puntos del globo, y principalmente en los mares, en las desembocaduras de los ríos y en las bahías de las zonas frías ó heladas. Se encuentran igualmente en el Mediterráneo, y creemos deba referirse á las focas todo cuanto dice la mitología de las sirenas, de estas encantadoras que con su melodiosa voz y sus dulces miradas excitaban á los viajeros para luego devorarlos, dejando las playas que frecuentaban blancas de los disparejos huesos de sus víctimas. Con efecto, las sirenas, según los poetas, habitaban en grutas profundas situadas en playas desiertas; y estos sitios son los que las focas eligen, y donde se retiran á descansar cuando salen del mar. Las sirenas encantaban á los navegantes con una expresión orgañosa de bondad, con una mirada tierna y expresiva; y es sabido que la cabeza redondeada, la frente ancha y arqueada, amañada con dos grandes ojos en los que domina una brillantez agradable, dan á las focas aquella fisonomía bondadosa y dulce de un perro muy apaciguado á su dueño. El gracioso continente, el busto realizado de la foca cuando está tendido de lomo en su cuerpo, un pecho ancho y un cuello bien ligado con las espaldas, dan tal vez á este animal alguna semejanza á la conformación exterior de una mujer. En cuanto á su voz, la mitología nos engaña ó se engaña; porque si las sirenas tenían una voz delatosa, no así las focas, que solo arrojan gemidos prolongados ó mas bien gruñidos muy fuertes y nada armoniosos. Respecto á la cola de pescado que, según dice Horacio, terminaba indignamente el cuerpo de las sirenas; en las focas la encontramos tambien, indicada por los dos miembros posteriores adheridos el uno al otro hácia atrás, de modo que constituyen una especie de tunón doble, y finalizan en pies palmados ó aletas. Las sirenas devoraban á los viajeros, ó mas bien, como lo hacen las focas, de las que son la fábula mitológica, se contentaban con pescados, y los historiadores de aquel tiempo, crédulos ó ignorantes, tomaban por huesos humanos los esqueletos de los ballenas ó de los pescados abandonados sobre las playas por las focas despues de opulentas comidas.

Estos animales, tales como los que en el día se conocen, ya en el estado salvaje, ya en el de cautiverio, tienen una suavidad de costumbres, una humildad, una facilidad en reconocer los servicios que les prestan sus dueños, y en amárseles, que en estas cualidades no hay animal alguno que le sobrepuje, si no es el perro en su estado doméstico. Se ha observado que su cerebro manifiesta un desarrollo que es casi siempre una señal cierta de grandes ventajas en la parte moral; y no hay duda que podría sacarse de las focas un gran partido para la pesca, si sus hábitos marinos no impidiesen creer que podrían vivir en el estado doméstico.

Las focas, como especies, son muy difíciles de distinguir entre sí. Un pelaje uniforme, compuesto de un pelo duro parecido al de un cepillo, algunas veces mezclado con un vello suave de un color leonado, gris, negro ó abigarrado de todos estos colores, son caracteres que sirven muy poco para clasificarlas. Para esto, se valen los naturalistas del hocico, cuya forma no es la misma en todos los individuos; por ejemplo, una de las especies que habita en el Océano Pacífico, tiene tan prolongada y móvil la nariz, que casi se parece á una trompa. Otras se distinguen por la forma de las orejas; los dientes, en general mas puntiagudos que cortantes, son á propósito para reducir á grandes pedazos la carne sólida de los pescados, mas bien que para triturarla y convertirla en una pasta ductil.

Los habitantes de las costas de Groenlandia, de Spitzberg y de otras regiones árticas, en la caza de las focas hallan recursos contra las necesidades que les acosa en aquellos climas tan ásperos. Estos animales son para los groenlandeses lo que la vaca y el cuerno para nosotros, lo que el cuotero para los habitantes de la mar del Sur, el plátano para los brasileños, etc. Esta es la razón porque entre los groenlandeses goza de una gran consideración en la sociedad el que sabe manejar con destreza el harpon contra *Pattarsack* (nombre que en Groenlandia se da á una especie de foca), y toda la educación que allí se da á un hombre, tiene por objeto hacerle hábil en esta caza tan arriesgada por los peligros marítimos que la acompañan. Los groenlandeses tienen varios modos de cazar á las focas. Si lo hacen al mar libre, tratan de sorprenderlas aproximándose en la dirección del viento, y estando ellas no pueden mirar á los cazadores sin que los brillantes rayos del sol hieran sus ojos, con cuyas precauciones se

hallan sorprendidas sin haber visto ni oído á sus perseguidores. Así que estos se hallan á distancia proporcionada, el harponero arroja á la mar inmediata un dardo, á cuyo mango está atada por medio de una cuerda una vejiga llena de aire. Herida la foca, se sumerge con la velocidad de una flecha, arrastrando tras sí la vejiga, que por su resistencia á sumérgirse, embaraza los movimientos del animal, é indica su vuelta á la superficie para respirar, de modo que los cazadores se hallan advertidos para herirle con repetición hasta matarle. Otras veces, con gritos y clamores, aburden á las bandadas de focas, las cuales se van al fondo del agua, donde permanecen tanto tiempo, que al volver á la superficie están como asfixiadas, y son por esta razón fáciles de matar con el dardo ó con la escopeta.

En el invierno, cuando están cubiertas de hielo las bahías frecuentadas por las focas, estas buscan por todas partes agujeros ó grietas para penetrar en el elemento que tanto aman; y á estos agujeros, parecidos á una especie de respiraderos abiertos por la naturaleza en aquella gran bóveda, por el frío construida á la superficie del Océano, es donde las focas van á respirar. Los groenlandeses, agazapados en la nieve al borde de las infrecuentadas aberturas, con la mayor paciencia esperan que las focas lleguen á sacar la cabeza, y entonces dan el golpe con seguridad.—En Escocia, en las orondas, en las islas de *Shetland* y en todos los escollos de este mar, abundan mucho estos animales, que por lo ordinario se refugian en grutas profundas que el mar ha escavado al pie de las rocas escarpadas. Los cazadores en barquillas ligeras penetran en estos puertos á la luz de hachones y hacen una gran mezcla de focas que se hallan sorprendidas ó admiradas en tanta manera de este resplandor á que no están acostumbradas, que se dejan matar á mazadas que les dan sobre la nariz, en cuya parte son mortales los golpes para ellas, como lo son para el perro doméstico. Esta caza se hace en Escocia en lanchas y con escopetas, cuyos cañones están rayados y alargan mucho el tiro. Los cazadores se ocultan detrás de las puntas de las rocas, y en las troneras naturalmente abiertas en las desigualdades de estas murallas apoyan sus largas escopetas, y con aquel aserto que solo pertenece á los cazadores consumidos, bien con un plomo mortal á las focas, que velozan en el agua, á una distancia de mas de 500 pasos. La grasa de las focas, así como la de las mariposas y la de otros cetáceos, se convierte en aceite para las lanternas y el alumbrado; las pieles de las focas, despues de sacas al aire, se venden á los zurradores, y aunque no son útiles para suelas de zapatos, guardadas de su pelo son buenas para forrar maletas, mochilas, morrales y para hacer gorras y capas impenetrables á la lluvia.

En el día algunos buques franceses de San-Malo y de Nantes van á la pesca de las focas, que es tan provechosa como la de los cetáceos. Tal vez los armadores de esos buques cometen un error en no traerse los huesos, cuya venta seria segura para la composición del abono y del carbón animal.

## Vida campestre en Inglaterra.

El gusto de los ingleses en el cultivo de la tierra, y lo que llamamos vistas de jardines, es sin igual. Nada hay que imponga mas que el golpe de vista de los parques. Pero lo que mas deleita es la invención con que adoran los ingleses las residencias sencillas de las clases medias. La habitación mas rústica, la porción mas pequeña y árida de tierra, en manos de un inglés que tenga gusto, se convierte en un paraíso. La residencia de la gente fina y rica en el campo, ha espargido cierto grado de elegancia y gusto en economía rural, aun en las clases mas bajas. Hasta el labrador en su choza de paja, y su pequeño pedazo de tierra, cuida de su adorno. La igualdad de la cerca, el parque de verdura en frente de la puerta, el banco de flores enajonado, la madre-selva recostada sobre la pared, y las flores colgando sobre las celosías, la maceta de flores á la ventana, las siemprevivas planteadas con la mira de destruir lo lúgubre del invierno y dar el resplandor de verano que alegra la chimenea; todo esto prueba la influencia del gusto, que se esparró desde su elevado origen, y comprende los niveles mas bajos del gusto general.

Si, como dicen los poetas, los amantes se deleitan al estar en una choza, debé ser en la del labrador inglés. La inclinación á la vida rural en la clase elevada, ha tenido buen efecto en el carácter nacional. Puede que no haya mejor raza de hombres que los ingleses. En lugar de la afeminación y delicadeza de los hombres de cierta categoría en otros países, reúnen la fuerza á la elegancia, y una robustez de configuración y colores, que debe atribuirse á estar espuestos á la intemperie, y al extremo con que se entregan á la vida campestre. El resultado de esta parcialidad de los hombres de gusto á las diversiones rura-

los, ha tenido también un efecto extraordinario con respecto á la vida del campo. La mayor parte de la isla es llana, y sería monótona á no ser por lo agradable del cultivo. Pero está adornada, y cubierta de palacios y castillos, y esmaltada de parques y jardines. No abunda en perspectivas grandes y sublimes, sino más bien en escenas de tranquilidad doméstica, y sosegada quietud. Cada cortijo antiguo, y choza cubierta de musgo, son objetos dignos del pincel; y como el camino da vuelta continuamente y está interrumpida la vista por arboledas y cercas, se recrean los ojos con la variedad de las perspectivas de un modo delectoso. El verdadero encanto, no obstante, está en los sentimientos de moralidad que parece regir á tanta hermosura. Se asocia á la imaginación con ideas de orden y tranquilidad, de principios establecidos, de costumbres antiguas y reverenciadas.

Es muy agradable los domingos, cuando las campanas traen sus llamadas al través de los campos sosegados, ver á los campesinos con sus mejores vestidos, aspectos saludables, y modesto regocijo, ocuparse alegremente el camino de la iglesia: y no es menos grato por la tarde verlos juntarse á la puerta de sus cabañas, gloriándose aparentemente de las humildes comodidades y bellezas que se han proporcionado con su propio trabajo. Estos sentimientos de patriotismo, esta satisfacción de amor y cariño son las escenas domésticas, que sobre todo deben considerarse como el origen de las virtudes más arraigadas, y de los goces más puros.

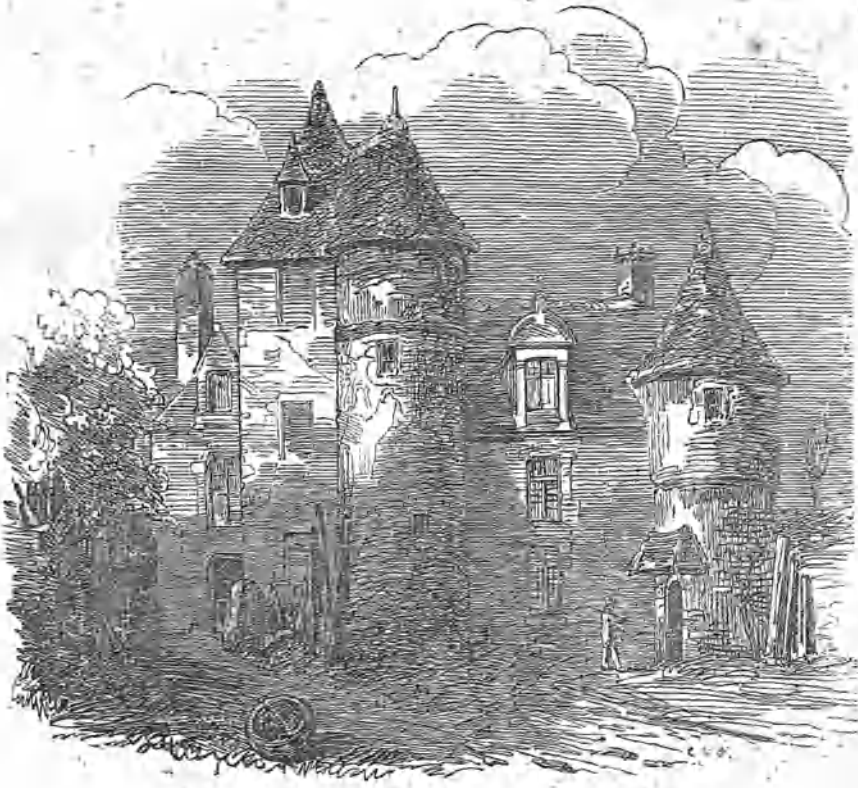
### Los periodos de la vida humana.

Infancia: de uno á siete años de edad; esta es la de los accidentes, penas, necesidades, sensibilidad. Adolescencia: de ocho á ca-

torce; edad de esperanza, imprevisión, curiosidad, impaciencia. Pubertad: de quince á veinte y uno; edad de triunfos y deseos, amor propio, independencia, vanidad. Juventud: de veinte y dos á veinte y ocho; edad de placer, amor, sensualidad, inconstancia, entusiasmo. Virilidad: de veinte y nueve á treinta y cinco; edad de gozos, ambición y fuego de todas las pasiones. Edad media: de treinta y seis á cuarenta y dos; edad de consistencia, deseo, de fortuna, de gloria y honores. Edad madura: edad de posesión, el reino de la sabiduría, razón y amor de propiedad. Declinación de la vida: de cincuenta á cincuenta y seis; edad de reflexión, amor de tranquilidad, previsión y prudencia. Principio de vejez: de cincuenta y siete á sesenta y tres; edad de los arrepentimientos, cuidados, inquietudes, mal genio y deseo de gobernarlo todo. Vejez: de sesenta y cuatro á setenta; edad de las enfermedades, exigencia, amor de autoridad, sumisión. Decrepitud: de setenta y uno á setenta y siete; edad de avaricia, celos y envidia. Caduquez: de setenta y ocho á ochenta y uno; edad de desconfianza, falta de sentimiento y sospechas. Edad de favor: de ochenta y cinco á noventa y uno; edad de insensibilidad, amor de la adulación, de atención é indulgencia. Edad de milagro: de noventa y dos á noventa y ocho; edad de indiferencia, y amor de alabanza. Fenómeno: de noventa y nueve á ciento cinco; edad de insensibilidad, esperanza y la vida postuma.

SOLUCION DEL CIBOGRAFICO-PUBLICADO EN EL NÚMERO 54.

*Si quieres un dia bueno hazla barba, un mes bueno ma'a un puercó, un año bueno cázala, un siempre bueno hazte clérigo.*



(Francia.—Castillo de Luccaniou.)